







# DON FADRIQUE DE GUZMAN.

*Drama en cinco actos y en verso, original de D. ANTONIO MENDOZA, para representarse en Madrid el año de 1850.*

## PERSONAGES.

DON PEDRO EL CRUEL. DON GUTIERRE.  
 DON FADRIQUE DE GUZMAN. DOÑA BLANCA.  
 DON ENRIQUE DE GUZMAN. NUÑA.  
 DON ALONSO DE ALBURQUERQUE. LA ABADESA.

*Un verdugo, pages, jueces, soldados, Monjas, pueblo.*

La accion en Sevilla. Siglo XIV.

## ACTO PRIMERO.

Salon en el alcázar de Sevilla, puerta al fondo y laterales en primer término, con balcon á la derecha en segundo, y una puerta secreta á la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO y GUTIERRE.

PED. Traicion odiosa, por cierto, que pagará, os lo aseguro.  
 GET. Se encuentran en grande apuro, y yo á la verdad, no acierto de libertarlos el modo.  
 PED. Reforzándolos.  
 GET. Lo están.  
 PED. Y mi intento cumplirán?  
 GET. Sabrán arriesgarlo todo.  
 PED. Está muy bien, prontamente ese vil que me ultrajó, verá que aun no me rindió y que es inútil lo intente. En cuanto á esos esforzados que cumpliendo mis deseos defienden los Perineos, serán por mi amor premiados si á Duguesclin y á su gente no dan en Castilla entrada,

y con alma denodada burlan su plan insolente.  
 GET. Asi lo harán.  
 PED. Está bien.  
 GET. Aunque el francés se desmanda, morirán si se les manda.  
 PED. Doyme en ello el parabien. La guerra pues olvidemos, y del asunto pendiente, Gutierre, hablad prontamente y á Trastamara dejemos. ¿Conseguisteis?..  
 GET. Mis anhelos logrados están, señor; pronto gozareis su amor si nos ayudan los cielos.  
 PED. Que escucho, Gutierre amigo! Gozaré al fin mi pasion, realizaré esta ilusion que marcha do quier conmigo?  
 GET. Dejadme continuar. Como mandásteis ha dias, no han dejado mis espías con precaucion de rondar el convento, donde mora el ángel que os ha prendado.  
 PED. Y di, ¿qué han averiguado?  
 GET. Os lo explicaré.  
 PED. En buen hora.  
 GET. En primer lugar, señor, con astucia á la tornera le preguntaron, quién era aquel portento de amor. Prometiíoles que diria lo que á saber alcanzaba, y es, que en aquel claustro estaba tres lustros ya, pues un dia una muger la entregó á la abadesa, llorando, y esta, su pena mirando cariñosa la acojió,

guardando cuidadosamente  
un pergamino cerrado  
que á su cuello iba colgado.

**PED.** Crece mi pasión vehementemente,  
Gulierre, con tal misterio...

**GUT.** Desde entonces ha pasado  
sus años en el sagrado  
recinto del monasterio,  
y eso es todo. Pero yo  
en acechar insistí,  
y ver al fin conseguí,  
como mi pecho anheló,  
que un gallardo caballero  
con prevision estremada,  
entra en su celda sagrada.

**PED.** Será su amante?

**GUT.** Lo infero.

**PED.** Y el modo háis averiguado  
de entrar en ella?

**GUT.** Si á fé;  
si quereis os lo diré,  
pues que me informo un criado  
que protege su osadía;  
yo mandé que le apresáran...

**PED.** Oh! si los cielos me amparan,  
Gulierre, por vida mia  
que en la celda de mi amada  
esta noche me he de ver.

**GUT.** Decidme como ha de ser,  
porque es empresa arriesgada...

**PED.** No pudiera ser entrar  
como entra el necio amador?  
Decid.

**GUT.** Si puede, señor.

**PED.** Pues lo voy á ejecutar;  
que os parece?

**GUT.** Bien, mas ved...

**PED.** Nada, ya está meditado;  
que esté todo preparado.  
Cuando es la cita?

**GUT.** A las diez.

**PED.** Pues á las nueve partir  
sin demora alguna intento.

**GUT.** Ved que no es ese el momento  
en que suele el galán ir.

**PED.** No importa, haced lo que os digo;  
pues llegando antes mi afán,  
cuando allí vaya el galán  
tendré la jóven conmigo.  
Entendeis?

**GUT.** Muy bien.

**PED.** Y así  
que esté todo preparado,  
avisadme de contado  
en mi estancia. Espero allí!

### ESCENA II.

*DON ENRIQUE y DON ALONSO por la puerta secreta.*

**ENR.** Es este el sitio?

**ALON.** Si á fé.

Aquí vendrá vuestro hermano  
Fabrique, y si habeis de hablarle  
os ocultareis en tanto.

**ENR.** Don Alonso, yo estimo  
el favor de vuestro amparo.

**ALON.** Favor? Os equivocais,  
soy vuestro humilde vasallo,  
y hago solo mi deber

en cumplir vuestro mandato.

**ENR.** En fin, tras de afán prolijo  
y de peligro estremado,  
penetré donde algun día  
me he de ver cual soberano.  
¿Y por qué lo arrostré todo?  
Por qué atrevido, esforzado,  
en Sevilla me detengo?  
Solo por ver á mi hermano  
puede costarme la vida,  
mas si le traigo á mi bando,  
qué me importa perecer?  
Moriré ó he de lograrlo.

**ALON.** Tanto le amais?

**ENR.** Alburquerque,  
me preguntais si le amo?  
No sabeis que nuestra suerte  
fué siempre igual, que arrostramos  
unidos el infortunio  
sin hasta ahora separarnos,  
y que forman nuestras almas  
una sola en dos pedazos?

**ALON.** Pues si tanto os adorais,  
¿por qué el uno al soberano  
sirve con tenaz empeño,  
y el otro se alza anhelando  
la muerte del mismo rey  
por el cual lidia su hermano?

**ENR.** Porque él halla su deber  
en defenderle esforzado,  
aunque como yo le odia,  
y porque yo vengar ansio  
de mis hermanos y madre  
el tormento y fin aciago.  
Podré aquí ser descubierto?

**ALON.** No temais, que yo os amparo.

Al mas pequeño ruido  
podeis al punto marcharos  
por la puerta que hasta aquí  
os ha abierto libre paso;  
y lo propio os mostraré  
otras mil, de las que guardo  
las llaves, y que labradas  
fueron por el rey hace años,  
para ir á sus aventuras  
sin que fuera vigilado;  
mas yo que le acompañaba  
y que era su secretario,  
las conozco como él mismo;  
podeis estar descansado.

**ENR.** Está bien. Pues escuchad.

Necesito vuestro amparo  
para un asunto importante.

**ALON.** Ya sabeis lo mucho que ansio...

**ENR.** Vos no ignorais la ventura  
por la que me vi obligado  
á alejarme de la corte.

**ALON.** Sé que amabais insensato  
á una belleza, que el rey  
sedujo vil é inhumano,  
que contra él os rebelasteis,  
y á ella la mató el quebranto,  
dejando solo una hija  
fruto del crimen nefando  
del Rey; que este quiso ballarla,  
pues la amaba entusiasmado  
como aun la ama; pero vos  
de vuestra madre al cuidado  
la encomendasteis, y que luego

que ella murió, ha quince años,  
nadie supo de la niña.

ENR. Oid! Cuando ese villano  
que ciñe la real corona,  
en su venganza obcecado  
quitó la vida á mi madre,  
indagué afanoso y cauto  
el sitio donde la niña  
se hallaba; pero fue en vano.  
Don Pedro por estinguir  
la prueba de su tiránico  
proceder, querrá encontrarla  
para...

ALON. Estais equivocado.  
Si algun amor en su pecho  
hay, es el de ese ángel cándido.

ENR. Nunca lo hubiese creído,  
que amor en él es extraño.  
En fin, por un confidente  
de mi madre, hoy he logrado  
traslucir alguna cosa,  
porque le fio este arcano  
antes de morir.

ALON. Y bien?

ENR. Necesito vuestro amparo  
para que vos, que podeis  
libremente obrar, los datos  
precisos para encontrarla  
me deis.

ALON. Seré vuestro esclavo.

ENR. Sé que al morir la entregó  
mi madre al leal cuidado  
de una camarera suya,  
con el preciso mandato  
de si querian quitársela,  
depositarla en un claustro.  
Ignoro si así lo haria,  
mas si por dicha la hallo  
y llego á triunfar, mi trono  
dividirá, pues la amo  
con la pasión que á su madre.

ALON. Será así. (*se oyen vivas dentro.*)

Mas ya ha llegado  
Fadrique, y viene seguido  
de un gran gentío. Ocultaos.

ENR. Tanto le aman?

ALON. Con estremo.

ENR. Oh! lo celebro. Si alcanzo  
atraerle á mi partido  
puedo decir que he triunfado. (*vanse.*)

### ESCENA III.

DON FADRIQUE, *figurando hablar con los que le si-  
guen, y despues DON ENRIQUE y ALONSO.*

FAD. Vuestros vivas en mi pecho  
alcanzan lugar tan alto,  
que siempre en él quedarán  
hasta la muerte grabados.  
Ah! que sirven los honores  
cuando es uno desgraciado?

ALON. Solo está, salid y habladle,  
que aqui, señor, os aguardo.

ENR. Don Fadrique?

FAD. Quién me llama?

ENR. Un infeliz agobiado  
de desdichas, y que anhela  
vuestro generoso amparo.

FAD. Y por qué el rostro ocultais?

ENR. Es que importa no mostrarlo  
sino á vos, y estando solo.

FAD. Solo estoy.

ENR. Pues bien, miradlo. (*se desemboza.*)

FAD. Mi hermano, cielo santo!

ENR. Si, Fadrique,  
tu hermano cariñoso,  
tu hermano que proscrito y oprimido  
por un rey asesino y rencoroso,  
viene á llorar contigo perseguido.

FAD. Bien puedes en mi seno muellemente  
reclinar tu cabeza desdichada.  
Cuántas veces tu imágen tristemente  
en ensueños fugaces vi evocada!  
Siempre, Enrique, le tuve amor ardiente!  
Nacidos á llorar, ambos vivimos  
sin disfrutar un hora de ventura,  
y un destino terrible obedeciendo,  
que al fin nos llevará á la sepultura.

ENR. No es difícil pensar quien el primero  
yacerá en el olvido sepultado;  
armado en mi rededor lazo certero  
en él es facil caiga aprisionado.  
Escúchame, Fadrique; estos momentos  
pueden costarme acaso la existencia.  
Quieres unirme á mi? La Andalucía  
me proclama su rey; Francia me ampara,  
Aragon y Navarra me son fieles,  
y una guerra promueve mi osadia  
do puedes alcanzar muchos laureles.  
Abandona ese rey; jamás tu espada  
de tu madre al verdugo le consagres,  
sangre en tus venas hay nunca manchada,  
y defender no debes á un villano  
cuya gloria es no mas el ser tirano.  
Qué resuelves?

FAD. Enrique, oye un instante,  
porque desoigo tu clamor heroico.  
Delante de mi padre agonizante  
juré solemnemente,  
rebelle nunca ser, y del monarca  
respetar el poder, aunque sangriento.

ENR. Lo has resuelto, Fadrique?

FAD. Firmemente.

ENR. Y me abandonas? Ah!

FAD. Mi juramento  
me obliga á rechazar tu pensamiento.

ENR. Tu juramento? No. Di los favores  
que esperas alcanzar del soberano.  
¿Piensas te premiará tanto servicio?

FAD. El corazon me rasgas cruelmente!  
Me acusas de ese modo  
cuando fiero dolor mi pecho siente,  
y lidiar á tu lado en la pelea  
solo es el bien que el corazon desea.  
Conoce mi existir; tú eres amado  
de numeroso ejército; su gefe  
te llama entusiasmado,  
y si protege Dios tu justo encono,  
el mundo te verá en un alto trono.  
Yo el capricho obedezco de un tirano,  
y soy pagado si besar su mano  
me permite orgulloso,  
y acato su poder, poder odioso.  
Mi corazon es grande, y esta vida  
no le conviene á mi teson gigante;  
y si necio mi ardor no contuviese  
en el mundo mi esfuerzo eterno fuera.  
Juzga si sufriré; mil y mil veces

quebrantar intenté tan fiero yugo,  
no hallando á mi infortunio resistencia;  
mas lo juré á mi padre, he de cumplirlo,  
y si perezo, en fin, por conseguirlo,  
habrá sido de un mártir mi existencia.

ENR. Ven á mis brazos, ven; llanto mis ojos  
derraman al mirar tanto heroísmo;  
y yo te osé culpar, causarte enojos?  
Perdóname, Fadrique.

FAD. Alzate, hermano,  
no me humilles así; los dos nacimos  
en hora desgraciada; ambos sufrimos.

ENR. Te miro desgraciado, pero nunca  
como yo lo serás, porque en el seno  
de alguna muger bella, tu infortunio  
podrá menos mirarse amortiguado.  
Amas, no es cierto?

FAD. Si; por mi consuelo  
una jóven ballé, que hermosa y cándida  
es compendio del alto y puro cielo.  
En un convento mora, y cada día  
vuelo á explicarla mi pasión sincera,  
con astucia venciendo los obstáculos  
que me separan de ella. Y si Dios quiere  
benigno siendo á nuestro amor sagrado,  
de esposa la daré nombre adorado.

ENR. Dios corone tu afán; mas parte luego  
no me descubran y mi plan se fustre.  
A Dios, hermano, á Dios. (*vase.*)

FAD. Sigue tu senda,  
y el Hacedor supremo te defienda.

## ESCENA IV.

DON FADRIQUE, *después* DON PEDRO.

Bien sabe Dios que mi amor  
con placer te consagrará,  
mas quiere mi suerte avara  
que yo combata tu ardor.  
El rey se acerca; cuidemos  
de no incurrir en su enojo,  
aunque no tiemblo su arrojó.  
Aqui está. Disimulemos

PED. Os esperaba, Fadrique, (*saliendo.*)  
con ansiedad...

FAD. Gran señor...

PED. Tomar asiento es mejor,  
y que mi anhelo os espique  
aguardad...

FAD. Como queráis...  
(Disimula su rencor.)

PED. Voy á hablaros de mi amor,  
á ver si en ello gozais.

FAD. De la Padilla?

PED. No á fé.  
Son otros nuevos amores  
de goces encantadores,  
y que explicaros no sé.  
Tal fuego no habeis sentido?

FAD. Nunca, señor.

PED. Es extraño!

FAD. Sé que fuera por mi daño,  
y de amar me he retraído.  
Mas decidme, esa hermosura,  
en qué parte habeis ballado?  
En qué sitio afortunado  
encontrasteis tal ventura?

PED. Sin duda os asombrareis  
cuando os lo diga mi acento.

FAD. No por cierto.

PED. En un convento.

FAD. (Cielo santo!)

PED. Qué teneis?

FAD. Nada, señor.

PED. La enamora  
un jóven, segun entiendo.

FAD. (El corazon me está hiriendo  
una sospecha traidora.)

PED. Mi gente tuvo apostada,  
y dicen que el tal galán  
llega, sobre un alazan,  
á una hora señalada,  
y orgulloso de su gloria  
entra en el claustro, siguiendo  
á una dueña...

FAD. (Está diciendo  
punto por punto mi historia.)  
Y ella es bella?

PED. Cual ninguna.

FAD. Jóven?

PED. Tres lustros y un año.

FAD. Su nombre?

PED. Blanca.

FAD. (Mi daño  
es cierto, sin duda alguna!)

REY. Os sentis malo?

FAD. Un vabido.  
(Cielos! por él adorada!)  
¿Y esa su estancia sagrada  
como há nombre?

PED. En el olvido  
lo tengo; y á mas, es mucha  
confianza, basta ya.

FAD. Y vuestro amor logrará...

PED. Ella es jóven, no está ducha  
en el amor, y en mi mano  
al verse, lo lograré...

FAD. Vais á robarla?

PED. Si á fé.

FAD. Y no os parece villano...  
tal rapto?

PED. No, mas si vos  
de ese modo lo entendeis,  
fácil será que logreis  
que renuncie. (*con ironía.*)

FAD. Si por Dios.  
No veis cuanto sufrirá  
esa jóven desdichada,  
al verse así arrebatada  
de su asilo?

PED. Basta ya.  
Cuando reprenderme osais  
con esa necia arrogancia,  
sin duda que mi constancia  
en amores ignorais.

## ESCENA V.

Los mismos, GUTIERRE.

PED. Qué hay, Gutierre?

GUT. Todo está!  
y van á sonar las nueve. (*bajo al rey.*)

PED. Fuiste en disponerlo breve.

FAD. Cielo santo, si será...

PED. Vete, que en breve te sigo. (*vase Gutierre.*)  
A Dios, Fadrique, me alejo.

FAD. Si os ofendió mi consrjo...

PED. No por cierto, eres mi amigo;

mas aprende que á frustrar  
mi plan es insuficiente,  
cuanto en su contra se intente,  
y que yo no sé cejar. (*vase el rey.*)

## ESCENA VI.

DON FADRIQUEZ, *despues* GASTON.

Cielos! si mi corazon  
habrá mi pena acertado!  
Pronto lo verá aclarado,  
no nos tardemos... Gaston!

GAS. Qué mandais? (*saliendo.*)FAD. Vé sin demora,  
mi mejor caballo ensilla.GAS. Nos partimos de Sevilla?  
Donde vanos?FAD. Donde mora  
mi amada.

GAS. (Qué escucho! cielo!)

FAD. Que te detiene, menguado?

GAS. Es que un lance desdichado  
por vos, gran señor, recelo.  
Ya no es tiempo de callar.  
La última noche que fuisteis,  
sin duda imprudente hicisteis  
vuestra entrada reparar,  
á unos hombres que acechaban,  
puesto que me amenazaron,  
y asesinarne intentaron  
si informarse no logran.  
Poseido de temor  
cuanto quisieron conté...

FAD. Cobarde! Bien recelé  
este golpe aterrador.  
Esos hombres por el rey  
pagados eran, que intenta  
llevar á cabo mi afrenta  
con su capricho por ley.  
Para entrar donde ella habita  
de mi seña se valdrá...  
pero no lo logrará.  
Si tu imprudencia maldita  
quieres borrar, al momento  
preparame un alazan,  
que llevado por mi afan,  
cruce cual un rayo el viento.  
En otro tú al par vendrás,  
y conmigo combatiendo  
mis designios, defendiendo  
tu bajeza pagarás.  
Corta es, Gaston, tu esperanza,  
pues si es mi anhelo frustrado,  
pronto seré consolado  
tomando de ti venganza. (*vanse los dos*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO,

Celda de doña Blanca: puerta al foro y ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA y NUÑA.

NUÑA. Por qué, decidme, señora,  
tan acongojada estais,

y del pecho no arrojaís  
esa pena que os devora?

BLAN. Es que, Nuña, cada dia  
acrece mas mi impaciencia,  
y maldigo la inclemencia  
de mi desventura impia.  
Es que la vista quisiera  
tener grabada en Sevilla,  
es que el astro poco brillara  
de ventura placentera.

NUÑA. Os comprendo. Vuestro duelo  
es que no está aqui Fadrique,  
mas poned al dolor dique  
y amengudad ese desvelo.  
Ha poco el sol se ocultó;  
las ocho apenas serán.

BLAN. Siglos son para mi afan  
los instantes.

NUÑA. No falló  
ninguna noche, señora;  
por qué lo recelais hoy?..

BLAN. No sé, mas temiendo estoy  
una desgracia...

NUÑA. Os adora  
con tan vehemente pasion,  
que nunca os podrá olvidar,  
y no debeis recelar  
que mude su corazon.

BLAN. Ah! si su amor se extinguiera  
cual fuera mi sentimiento!  
En un perpétuo tormento  
mi existencia consumiera.  
Es Fadrique mi ilusion  
desde el dia que le vi,  
y cuando él se encuentra aqui  
es el cielo esta mansion.  
Entre la corte brillante  
que á don Pedro circueia  
aquel venturoso dia  
en que se llamó mi amante,  
y en que el rey á visitar  
vino esta santa mansion,  
solo él pudo mi atencion  
y mis miradas fijar.  
Entonces mi pecho hirió  
con un amor sacrosanto;  
y le adoro tanto, tanto  
que ni aun sé explicarlo yo!

NUÑA. Tambien, señora, su pecho  
abriga tan tierno ardor,  
y por su gracia y primor  
tiene á esa pasion derecho.  
El con fuerte bizzarria  
los peligros burla ufano,  
y por besar vuestra mano  
aqui viene cada dia.  
Nada á su paso se opone,  
todo lo vence arrogante,  
y por ver vuestro semblante  
á que riesgos no se espone?  
¿Si aqui alguno le encontrara  
viendo que quiebra la ley,  
y á noticias de su rey,  
por desventura llegara,  
no le causara la muerte  
su audacia desesperada?

BLAN. Es cierto, mas, Nuña amada,  
no es facil tan triste suerte,  
que el rey le perdonaria.

NUÑA. No, que perdonar no sabe.  
 BLAN. Tanta maldad en él cabe?  
 NUÑA. Su alma es sangrienta é impia.  
 El cielo de él os liberte  
 cual mi corazón lo ansia.  
 BLAN. Dios te escuche, Nuña mia,  
 porque es librar de la muerte.  
 Entre ella y mi deshonra  
 no es difícil elegir;  
 pudiera hacerme morir,  
 mas muriera con mi honor.  
 En este claustro encerrada  
 desde mi infancia dichosa,  
 he vivido venturosa  
 sin ser del mundo acosada.  
 Poco es lo que de él comprendo,  
 pero alumbró mi razón,  
 mi cándido corazón,  
 y te diré lo que entiendo  
 por honor. Es el conjunto  
 de la fe mas pura y santa,  
 él nuestro semblante encanta;  
 con él lo bello vá junto.  
 Al que vive sin honor  
 no le alhaga la mañana,  
 ni la flor le dá galana  
 sus aromas y esplendor.  
 No le sonrie la aurora;  
 es planta en la tierra estraña,  
 y ni el rocío le baña,  
 ni el sol su rostro colora.  
 Su entendimiento no alumbra  
 las luces de la razón,  
 y de la empirea mansion  
 las venturas no vislumbra.  
 No está unido al Hacedor  
 con indisolubles lazos,  
 y á dónde tiende sus brazos  
 solo halla abrojos, dolor;  
 que cruza el mar de la vida  
 en un frágil barquichuelo,  
 sin el amparo del cielo,  
 con el crimen por égida,  
 hasta que feroz tormenta  
 su bagel confunde airada,  
 y en las hondas sepultada  
 queda su vida de afrenta.  
 NUÑA. Doña Blanca, babcis razón;  
 es el honor muy sagrado,  
 y al menor soplo es ajado  
 y huye de él la perfeccion...  
 BLAN. Mucho el mio me interesa,  
 y guardarle es mi deseo.  
 NUÑA. Disimulad, porque creo  
 que se acerca la abadesa.  
 Aquí está.

### ESCENA III.

*Las mismas, la ABADESA.*

ABA. Blanca, en buen hora  
 os hallo fuera del lecho;  
 quiero hablaros largamente  
 y rasgar el denso velo,  
 que de vuestra vista oculta  
 vuestra entrada en el convento.  
 BLAN. Hablad, señora.  
 ABA. Vos, Nuña,  
 retiraos.  
 NUÑA. Obedezco. (*vase.*)

ABA. Mañana hará quince años  
 que os traje aquí con misterio,  
 una muger, encargando  
 se os educára en secreto,  
 y se alejó, de amargura  
 dando muestras.

BLAN. Santos cielos!

Quizá sería mi madre!

ABA. Os encontramos al cuello  
 un pergamino cerrado  
 y sellado con esmero,  
 de un buen collar de brillantes  
 de mucho valor suspensio.  
 En el sello se encargaba  
 guardar sobre él gran misterio,  
 hasta cumplir quince años  
 de morar en este templo;  
 mañana espiran, tomad;  
 vos sola podeis romperlo,  
 y del quizá lograreis  
 saber vuestro nacimiento.  
 Libre sois en elegir  
 vuestra vida, y yo os ofrezco  
 por mi, que sea cual fuere  
 cumpliré vuestro deseo.

BLAN. Está bien, madre abadesa,  
 mañana las dos leeremos  
 cuál ha sido mi pasado,  
 y si por dicha comprendo  
 quiénes son los que me han dado  
 el ser, su mandato espreso  
 os juro que cumpliré.

ABA. Eso debe vuestro afecto  
 hacer; á mas, que esta vida  
 pura como la del cielo,  
 si os mandan seguir, hará  
 que sin nefandos deseos  
 desliceis vuestra existencia  
 entre paraísos bellos.  
 Vuestro noble corazón  
 sepultado en este estrecho  
 recinto, no puede haber  
 sentido el ardiente fuego  
 de las pasiones; dichoso  
 beneficio.

BLAN. Si por cierto.

Aquí las felices horas  
 y los fugaces momentos  
 de mi infancia, han transcurrido,  
 y aquí ha brotado el afecto  
 á las máximas divinas  
 del que rige el firmamento.

ABA. Celebro que así penseis,  
 y pues que ya ese secreto  
 os he revelado, voyme  
 á presenciar como debo  
 los oficios, que esta noche  
 se celebran en el templo.  
 Asistireis?

BLAN. Dispensadme,  
 pero muy débil me encuentro,  
 y han de ser largos. Aquí  
 rogaré lo mismo al cielo.

ABA. Teneis razón. Si os sentís  
 indispuesta, en el momento  
 llamad, que al menor ruido  
 sin demora acudiremos.

BLAN. Y qué, no me dáis la mano?

ABA. Si, tomadla, y el Eterno,



bija querida, os liberte  
en este mundo de riesgos. (*vase.*)

## ESCENA IV.

BLANCA y NUÑA.

BLAN. Nuña, ven; ponte al instante  
en la ventana de acecho.

NUÑA. Voy al punto, que las nueve  
no tardarán, y debemos  
prevenirnos, porque suele  
adelantarse.

BLAN. Vé luego. (*Nuña se dirige á la  
ventana.*)

He aquí mi herencia no mas;  
de aquí pende mi destino,  
pues tú, pobre pergamino,  
mi rumbo me marcarás.  
Acaso me mostrarás  
que de criminal union  
se formó mi corazón,  
y que á ella debo el vivir,  
mas que importa si á extinguir  
no me obligas mi pasión.  
Si un delito cometiste,  
madre mia al darme el ser,  
si á un continuo padecer  
tu existencia concluíste,  
y tanto pesar sufriste  
que te asesinó el dolor,  
protege mi santo ardor,  
su fuego conocerás,  
y en el cielo evitarás  
que me pierda tanto amor.

NUÑA. Señora, la seña. (*se oyen dentro dos palmas.*)

BLAN. Vé,  
y ábrele luego la entrada,  
corre. Mi pena calmada (*vase Nuña.*)  
se mira al oír que su pié  
huella esta casa sagrada  
Ya se escuchan sus pisadas  
que mitigan mi quebranto!  
Oh! que leves, que pausadas  
y cual por mi son ansiadas!  
Ya está aquí. No es él! Dios santo!

## ESCENA V.

BLANCA, DON PEDRO.

PED. No es él. mi Blanca querida,  
no es el galán que esperais,  
otro es, cuya enaltecida  
fè, accion tan atrevida  
le ha inspirado. Qué, temblais?  
Desechad ese temor;  
si el que está en vuestra presencia  
no vence al otro en primor,  
le supera en la vehemencia  
de su inextinguible ardor.  
Por vos su poder humilla;  
astuto penetra aquí,  
y arrostra peligros, si,  
en alas de fè sencilla  
por calmar su frenesí.  
Alza tu cuello nevado  
al ver que con tal instancia,  
se mira á tus pies postrado,  
el con firme arrogancia  
rige el castellano estado.  
Si alhaga á tu corazón,

sabe que el que hoy te se humilla,  
pidiéndote en su alliccion  
que le premies su pasión,  
es don Pedro de Castilla!

BLAN. En esta estancia encerrada  
mi asombro era sin segundo,  
cuando escuchaba pasmada,  
que con vuestra furia airada  
pabor causábais al mundo.  
Pensaba hacer os ultrage  
al creer que erais un hombre  
superior solo en linage,  
mas oyendo tal language  
desmiento vuestro renombre.  
¿Cómo babeis entrado aquí,  
decid?

PED. No existe un camino  
para llegar hasta tí?..

BLAN. Ah! por mi mal lo adivino;  
espías sin duda...

PED. Si.  
Gente por mi asalariada,  
y que á mi mandato está,  
descubrieron esta entrada,  
solo de un jóven usada  
que esta noche no vendrá.  
Tu dueña á abrirme salió,  
sorprendida fue por mí,  
y con la gente quedó  
que en el claustro dejé yo  
antes de entrar hasta aquí.  
Mas no quiero prolongar  
en mengua de tu decoro  
mi estancia, voy á marchar,  
mas tú me has de acompañar;  
si, Blanca, porque te adoro.  
Abandona esta clausura;  
una corte hay en Sevilla  
donde puedes tu hermosura  
y tu grata donosura  
hacer brillar sin mancilla.  
Esa corte de infanzones  
á tus pies se postrará,  
si se unen nuestras pasiones,  
y tu órden acatará  
mi reino con mis legiones.  
Nadie eclipsará en Castilla  
tus galas y poderio,  
tuyo será cuanto es mio,  
y hasta la misma Padilla  
acatará tu albedrio.

Pocas cual tú me han oído  
demandádoles la paz,  
y siempre lo he conseguido,  
pero me inspira tu faz  
un amor que no he sentido.  
Libre puedes escoger,  
á tu eleccion no me opongo,  
pero debes conocer,  
que cuando un plan me propongo  
nunca sé retroceder  
Mi gente cerca me espera,  
nada te puede amparar.

BLAN. Oh! Dios, mi desdicha fiera  
por qué os plugo así aumentar?  
Esto es sueño ó es quimera?

PED. Blanca, acepta mi pasión.

BLAN. Nunca, nunca lograreis  
que os rinda mi corazón;

primero me matareis,  
firme es mi resolucion.  
Estimo en mucho mi honor  
para verle marchitado,  
y premiar yo vuestro amor  
es dejarle mancillado  
y perdido su esplendor.  
Dejadme en esta clausura;  
en la corte de Sevilla  
mas se ajára mi hermosura,  
y en esta morada, pura,  
sin crimen ninguno brilla.  
Esa corte de infanzones  
que á mis pies se postrará  
si se unen nuestras pasiones,  
mas placer no me dará  
que mis santas oraciones.  
¿Qué me importa que Castilla  
acate mi poderio,  
y que la misma Padilla  
envídie el esplendor mio,  
cuando ese esplendor me humilla?  
Decis que no habeis pedido  
nunca con tal humildad,  
mas puesto que os he infundido  
amor, que no habeis sentido,  
dejadme en mi soledad.  
No me es posible escoger,  
y cuando tanto me opongo,  
podreis, señor, conocer  
que cuando un fin me propongo,  
lampoco sé yo ceder.  
Jamás obtendreis mi amor;  
desistid de vuestro empeño,  
que vos no podeis, señor,  
en pecho que tiene dueño  
inspirar un torpe ardor.  
Bien sabeis que hay un mancebo  
que impera en mi corazon,  
y que si á rehusar me atrevo,  
es porque en mi seno llevo  
con orgullo su pasion.  
Y tal será su constancia,  
y tanto su amor le abona,  
que si á mis pies con instancia  
pusierais vuestra corona,  
igual fuera mi arrogancia.  
¿Y qué mas? Si el firmamento  
me estuviera reservado,  
lo renunciára al momento.  
si Fadrique, mi adorado,  
no hallaba en él un asiento!

PED. Fadrique! Rayos del cielo!  
¿Fadrique de Guzman?

BLAN. Si.  
PED. Siempre burlan mi desvelo

esos viles, pero aqui  
yo conseguiré mi anhelo!  
El bastardo me ribó  
de la hija que yo adoraba,  
cuya vista me alhagaba,  
ahora me vengaré yo;  
desde hoy sois no mas mi esclava.  
Conmigo vais á salir,  
voy á llamar á mi gente.

BLAN. Antes me vereis morir;  
nunca podreis conseguir  
que vuestra pasion me afrente.

PED. Seguidme al punto.

BLAN. Favor.  
PED. Inútil es que griteis,  
de fuerza ó grado vendreis.

BLAN. Ah, piedad! *(se oye dentro ruido de armas.)*

PED. Mas que rumor...

BLAN. Quizá Fadrique... Lo veis?

#### ESCENA VI.

*Los mismos, FABRIQUE lidiando contra GUTIERRE y soldados; despues voces dentro y salen la ABADESA y monjas.*

FAD. No me impedireis entrar.

BLAN. Fadrique, socorro. *(corriendo á sus brazos.)*

PED. Y qué?

Quién á él le puede amparar?

FAD. Mi acero. Te salvaré,  
Blanca, ó veránme espirar.

PED. Desarmadle! A él! Vive Dios!

VOCES. *(dentro.)* Socorro, traicion.

FAD. *(lo desarman.)* Villanos.

PED. Blanca, ya estás en mis manos.

BLAN. Asesinadme por Dios.

FAD. Guzad en el triunfo ufano.

Ah! quitadme la existencia

y en ello sereis humano.

¿Asi pagais mi obediencia?

No el cruel, sino el villano,

el traidor, sois.

GUT. Que insolencia!

PED. Conducidle á una prision.

El tribunal juzgará

su crimen y su traicion.

BLAN. Y cuál su suerte será?

PED. La muerte.

BLAN. Oh Dios! Compasion.

PED. A palacio con los dos.

FAD. La muerte! Bien, no me arredro.

PED. Marchemos. Conmigo vos. *(á Blanca.)*

ABA. Tened. En nombre de Dios *(saliendo con las monjas.)*  
Quién sois vos?

PED. El Rey!

TODAS. Don Pedro!

*(se apartan con respeto dejando paso al rey que sale con doña Blanca. A Fadrique se lo llevan Gutierrez y los soldados.)*

## ACTO TERCERO.

Salon del palacio: rompimiento al foro, puertas laterales; la de la izquierda secreta.

#### ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, DON ENRIQUE *que sale por la puerta secreta.*

ALON. Salid, salid, solo estoy!

ENR. Ya con ansia lo anhelaba.

¿Han sentenciado á Fadrique?

ALON. Si señor. La voz del alma  
han sofocado sus jueces,  
y atendiendo á las instancias  
de don Pedro, su sentencia  
han firmado!

ENR. Accion villana.

ALON. Debeis, señor, no acusarles;  
bien hacerlo reusaban,  
y su inocencia acogian,  
mas la cólera inhumana  
del rey, les hizo patente

que su desgracia causaban  
sin librarle, puesto que él  
lograria su venganza.

ENR. Tirano rey!

ALON. Todos piensan  
venir y echarse á las plantas  
de don Pedro, y suplicarle  
que aplaque su furia insana.  
Nada lograrán, lo fio,  
y han de ser mármol sus almas,  
si al ver marchar al cadalso  
á Fadrique, no se alzan,  
y del verdugo le libran  
con valor y con audacia.

ENR. Gracias, Alonso, yo solo,  
si ellos, viles, no le amparan,  
su vida salvaré osado.

Pocos soldados atajan  
al valiente Duguesclain,  
y su valerosa espada,  
con su numerosa hueste,  
realizará mi esperanza.

ALON. Dios lo quiera; en fatal hora  
á don Pedro dió compañía  
Fadrique, cuando los claustros  
fué á recorrer.

ENR. Y esa Blanca  
que es la causa de su muerte?..

ALON. Oh! no intenteis acusarla.  
Mas que él padece; su seno  
un dolor mudo desgarrá,  
y aun de su triste razon  
parece es abandonada.

ENR. Será hermosa?

ALON. Como un ángel,  
y cual ellos tambien cándida.  
Oh! si supierais su historia  
vos, como todos la amarais.

ENR. Feroz don Pedro, tu huella  
por do quier dolor estampa.

ALON. El sale. Ocultaos, señor,  
yo voy la noticia infausta  
á revelar á los nobles,  
y muy pronto en esta sala  
me vereis á su cabeza  
pedir piedad al monarca.

ENR. Y no pudiera yo entrar  
de esa jóven en la estancia,  
sin ser visto?

ALON. En el jardín  
sé que pudierais hablarla,  
pues dá de su habitacion  
á aquel sitio una ventana.

ENR. Conducidme...

ALON. Por aqui,  
pues otra puerta escusada  
nos guiará sin ser notados  
hasta alli.

ENR. Pues sin lardanza...  
(*vanse por la puerta secreta.*)

## ESCENA II.

El REY, GUTIERRE.

PED. La firmaron?

GUT. Aquí está,  
aunque mucho lo rebuscaron,  
mas al hacerlo esclamaron;  
esu muerte se firmará,

no porque delito hallamos  
si se respeta la ley,  
sino porque plugo al rey  
y su mandato acatamos,  
aunque injusto."

PED. Bien está;  
llegue yo á hacerlo cumplir,  
que lo que puedan decir  
poco á fé me importará.  
Y se cumplirá, lo fio,  
osó conmigo luchar,  
y yo á fé me he de vengar  
en verle cadáver frio.  
Solo un medio de ablandarme  
hay en mi fiereza airada,  
el que consienta su amada  
con presteza en adorarme.  
El se libra, y yo consigo  
lograr mi constante amor...

GUT. ¿Y no podeis con rigor  
ya que no alcanzais amigo...

PED. Nada, Gutierre; se estrella  
mi furor en su hermosura,  
y con ferocidad dura  
nada puedo alcanzar de ella.  
Su semblante me fascina,  
y con solo una mirada  
que me dirija irritada,  
ante sus plantas me inclina.  
Que al ver su frente nevada,  
su pureza y su candor,  
recuérdame con dolor  
de aquella hija idolatrada.  
Como por poder librar  
á su amante no se rinda,  
á las dichas que me brinda  
tendré al fin que renunciar.  
¿Quién á mi me lo diria?  
Nunca este incendio senti.

GUT. Como! Vuestro orgullo asi  
ante ella se humillaria?  
El soberano que brilla  
sobre el mundo con fiereza,  
al ruego de la belleza  
su altiva cerviz humilla?  
Desechasteis la esperanza  
y renunciareis...

PED. Si á fé,  
á su amor renunciaré  
pero nunca á mi venganza.  
Entre su muerte y mi amor  
libre se halla de elegir,  
y lo que llegue á admitir  
lo cumplirá mi furor.

GUT. Hoy intenta la nobleza  
demandar, aunque os asombre,  
de toda Castilla á nombre  
su perdon de vuestra alteza.  
En breve deben venir  
por don Alonso guiados,  
los nobles mas elevados.

PED. No los quiero recibir.  
Invariable es la sentencia,  
el tribunal la firmó,  
y en nombre de él, haré yo  
se cumpla su providencia  
Y decidme, ¿á qué prision  
á Fadrique han conducido?

GUT. Al alcázar le han traído

y encerrado en el salon está, que al patio vá á dar.

PED. Enviadle un confesor que le disponga.

GUT. Señor, á vos os desea hablar, para pedir os sumiso, si de él os compadecéis, que benigno le otorgueis el anhelado permiso de contemplar á su amada antes de morir.

PED. Será, y su anhelo cumplirá.

GUT. Bien. Mandais algo?

PED. No, uada. *(vase Gutierre.)*

### ESCENA III.

DON PEDRO, UN PAGE, despues DON ALONSO, seguido de varios nobles.

PAGE. Señor, los nobles esperan en esa cámara próxima, el que os digneis recibirlos.

PED. Anunciadles sin demora, que me es imposible, page

PAGE. Dicen que mucho os importa, y que se encuentran resueltos á hablar con vos.

PED. Enfadosa obstinacion; que entren luego, y si mi furia provocan, hay de ellos, que sin librarle al precipicio se arrojan.

*(vase el page y salen los nobles y don Alonso.)*

ALON. Señor, á vuestros pies hoy condelida la nobleza se postra con quebranto, y os pide que salveis al que fué siempre modelo insigne del honor preclaro. Rey os nombró Castilla cuando joven, despues con sumision os ha acatado, y siempre que su sangre habeis pedido la derramó gustosa, por libraros. Bien merece el perdon que hoy os demanda; si altanero mancebo os ha ultrajado, para rescate de su culpa odiosa hechos en él encontrareis bizarros. Sus huestes ha llevado á la pelea, dándoles siempre su valiente brazo honor y gloria, y en su sien triunfante altivo colocando invictos lauros. Cuando su hermano lidia por venceros y su ayuda eficaz ha reclamado mil y mil veces; cuando de su espada ejércitos pendian esforzados, que hasta el trono si un dia lo anhelára lo hubieran valerosos conquistado, siempre os sirvió leal, y vuestro antojo sumiso obedeció cual buen vasallo. Su vida os demandamos; necesaria como la luz la juzga el castellano, y el amor que le tiene es tan profundo, cual merecen sus hechos denudados. Si llega á perecer, de vuestras tropas á miles se alzarán, y el populacho aclamará al bastardo, pues su vida es el sosten del trono y del Estado.

PED. No hay perdon, no! Sublévense en buen hora contra mi trono alevos insensatos,

que aun cuando el mundo entero me faltase mi aliento bastará á pulverizarlos.

Decis que me ha servido; ¿y no pudiera ser su intento alcanzar con tal engaño mi cariño, y despues herir mi pecho como ayer intentó llevar á cabo?

Lo be resuelto, señores. De Fadrique levantando se encuentran el cadalso; al son de destemplados atambores mañana á el marchará para ocuparlo. La ley lo manda así, ved su sentencia, el tribunal su muerte ha decretado, y yo su orden debo hacer se cumpla. ¿Quién osará apelar contra su fallo?

ALON. Vos lo podeis hacer; si han consentido en decretar su fin, vuestro mandato á ello les obligó, no porque crimen para firmar su muerte han encontrado. Por último, señor, á nuestros ruegos no resistais tenaz; mirad mi llanto, es el jóven mas noble de Castilla, evitadnos un duelo tan amargo!

PED. Es inutil rogar, mas mi corage y mi furor enciende, el temerario teson de defenderle en mi presencia. Si amor le profesais tan estremado, mañana sobre un tûmulo soberbio su cuerpo sepultad con aparato, sus horas celebrad, y los honores tributadle debidos á su rango; en ellos gozaré; mas su existencia mañana ha de acabar. Lo he decretado!

ALON. Está muy bien, señor; acataremos lo que os plugo mandar cual soberano, mas no nos acuseis, si en algun dia nuestro pleito homenaje retiramos. El pueblo espera ansioso de nosotros el perdon de ese jóven noble y bravo; fallidas al mirar sus esperanzas se alzará á libertarle ambicionando, y ved que cuando un pueblo se alza altivo rueda á sus plantas el dosel mas alto.

PED. Marchad, señores, que si llega el dia en que me toque perecer, osado, lo mismo que triunfando, sucumbiendo sabré mostrar que soy el soberano. Mas al pueblo decid, que si hoy intenta quebrantar mi poder, en el cadalso levantado á Fadrique, sus cabezas con la de él á la par caerán rodando. Gutierre! *(vase Alonso y los nobles, y sale Gutierre.)*

A doña Blanca sin demora *(tierra.)*

á esta estancia traed, aqui la aguardo. Esta prueba me resta; si resiste,

*(vase Gutierre.)*

si aun se niega á admitir mi dulce alhago, cûmplase mi deseo, de ese modo hago saber al necio populacho, que nadie puede contrastar mi enojo, ni de mi ley el invariable fallo. Aquí viene. Por Dios, con su presencia cesa mi enojo y mi teson. Finjamos.

GUT. El rey es quien espera. *(saliedo con doña Blanca.)*

PED. Si, doña Blanca, si. Solos dejadnos. *(vase Gutierre.)*

## ESCENA IV.

DON PEDRO, DOÑA BLANCA.

BLAN. Aquí me teneis, señor,  
resignada y afligida,  
á ese poder sometida  
que es causa de mi dolor.

PED. Escuchadme.

BLAN. Por favor  
no mucho me bagais sufrir,  
que no podré resistir  
tan acerbo padecer,  
y me vereis perecer  
y á mi dolor sucumbir.

PED. No intento yo molestaros,  
calmar vuestra pena intento,  
mitigar el sentimiento  
y venturosa tornaros.  
No me opongais mas reparos;  
¿á qué tanto resistir?  
¿Para llorar y sufrir,  
pudiendo con mi querer  
desterrar el padecer  
sin pensar en sucumbir?  
Venid, y en una prision  
vereis á un mozo esforzado,  
cobardemente entregado  
á su desesperacion.

Vos podeis su situacion  
aliviar, y su sufrir  
vos lo podeis conseguir  
aceptando mi querer;  
pensadlo; de no acceder,  
ved que le bago sucumbir.

BLAN. No temo esa intimacion!

Grande es mi tenacidad,  
pero premio la lealtad  
de su noble corazon.  
Reclamo vuestra atencion,  
y aunque no temo sufrir,  
cuando me lleguéis á oír  
perdonareis bondadoso,  
al que ante Dios es mi esposo,  
y no le hareis sucumbir.  
Cuando en combate horroso  
su fuerte acera blandia,  
cuando á sus plantas veía  
al alárabe furioso;  
cuando su entusiasmo honroso  
menospreciaba el morir,  
por llegar á conseguir  
en prez vuestra la victoria,  
no pensó que por tal gloria  
le hicierais vos sucumbir.  
Cuando hacia por vos fiel  
las humilladas banderas  
de legiones altaneras  
alfombras de su corcel,  
y el victorioso laurel  
iba su frente á ceñir,  
pudo nunca discurrir  
que el hombre por quien osado  
su sangre daba esforzado,  
le hiciera al fin sucumbir!  
No; mas lo quereis, suframos  
los rigores de la suerte!  
Ambos en el bien, la muerte  
otro tiempo despreciamos,  
y acaso hoy, porque miramos

que nos aguarda el sufrir,  
no lo hemos de resistir?  
No, don Pedro, no ha de ser;  
firmes fuimos al placer,  
firmes hasta sucumbir!

PED. Doña Blanca, pensadlo largamente;  
á muerte sentenciáis á vuestro amante,  
pudiendo con mi amor dichosamente  
evitarle esa suerte en el instante.  
Una vez, nada mas, de vuestra boca  
que me amais oiga yo, para lograrlo  
lo imposible ha de hacer mi pasion loca,  
y todo, por mi honor, he de intentarlo.

BLAN. Será inútil, señor; jamás amaros  
mi corazon podrá, favor inmenso  
juzgad que me resigno á soportaros,  
y que os perdone mi dolor intenso.  
Mi pena, mi tormento, y mi amargura,  
de todo sois la causa, si, inhumano  
me robasteis mi dicha y mi ventura,  
y brotan males dó posais la mano.  
En mi celda tranquila y silenciosa  
yo á Dios mi afecto y mi oblation rendia,  
y me elevaba pura y virtuosa,  
y disfrutaba gloria y alegria.  
Cuando alzaba mi acento en santo coro,  
y á los cielos subia el dulce canto,  
entre el incienso de las copas de oro  
que en humo débil nos prestaba encanto,  
tal era mi placer, tal mi alegria,  
al gozar lo que yo creia el cielo,  
que con sublime ardor me enaltecia,  
y á la gloria lanzaba el libre vuelo.  
Por vos desvaneciòse tal ventura,  
todo se hundió al abismo, al contemplaros,  
y en cambio me quedó, luto, amargura,  
ved si tengo derecho para odiaros!

PED. Es cierto; mas pensad que en vez del duelo  
que os allige, yo quise consagraros  
cuantas dichas ansiára vuestro anhelo,  
y dichosa y feliz á un sòlio alzaros.  
No es un amor vulgar el que en mi pecho  
inspirásteis; voraz, puro y ardiente,  
juzgadme nada mas, ved qué se han hecho  
mi crueldad, mi tesoro, tan prontamente?  
Os vi, y todo cesó; con vuestro amparo  
quizá Castilla entera me amaria,  
pues yo de vuestro amor sublime, avaro,  
venturas nada mas derramaria.  
Blanca, escuchad; me llaman el tirano,  
me odia mi pueblo, contra mi conspira  
mi propia sangre; mi rebelde hermano  
y el mundo entero me consagra su ira.  
Ellos la causa son; fuerte y altivo,  
humilde me quisieron con la guerra,  
y postrarme á sus plantas, cuando vivo,  
porque mi nombre tiemblan en la tierra.  
Si al empuñar el cetro soberano  
mis actos de feroces no tacharon,  
si en lugar de llamarme el inhumano  
mis actos todos con bondad juzgáran,  
quizá el instinto de fiereza insana  
en mi seno real no estallaria,  
quizá fuera feliz, la castellana  
gente que hoy teme la bravura mia.  
Pues conservado bien allá en la mente;  
premiando mi pasion, seré benigno,  
mas si seguís odiándome cruelmente,  
de un odio tan tenaz bareme digno.

BLAN. ¿Y qué me importa ya? Mi triste amante á perecer irá firme y osado; pues él sucumbe por su amor constante, por el mio será pronto imitado.

PED. Por último, aceptad.

BLAN. No, no me aterro aunque acabar quisierais mi existencia.

PED. A Gutierre, del príncipe al encierro (d un page que se presenta á la campanilla dándole un pliego.)

que le vaya á anunciar esa sentencia. Que lo prepare todo. (vase el page.) Y vos, señora,

cuando anuncie el metal su triste muerte, marchad á vuestro claustro, y en buen hora sufrid allá vuestra terrible suerte.

BLAN. Teneis razon, me iré; si mi amargura me permite dejar este recinto, y en medio de mi horrible desventura mientras exista mi mundano instinto, será mi gozo, mi placer colmado vuestro signo mirar negro y sangriento, y veros sucumbir desesperado por la ira del que rige el firmamento.

PED. Miserable!.. Os perdono ese delirio; quiero ser indulgente en este instante, pues la razon os turba el cruel martirio que os causa ese teson tan arrogante. Hola!

GUT. Señor! (saliendo.)

PED. Que lleven á su estancia á esa muger. Pensadlo largamente.

BLAN. En valde lo esperais. Que mi constancia no se vence, señor, tan facilmente. (vase doña Blanca con un page, á quien don Gutierre dá la órden.)

### ESCENA V.

DON PEDRO, GUTIERRE.

PED. Maldicion sobre mi. Quien á la España dicta sus leyes y terror inspira, - al pié de una muger mira deshechos los sueños que formó su fantasia, y esta muger desprecia su arrogancia, y esta muger aun con desden le mira! Venganza, vive Dios! Venganza pide mi ofendido teson, mi rabia impia, y la obtendré; perecerá su amante al peso horrible de mi justa ira, y gozaré en mirarle frio, incerte, y de ella con el llanto y la agonía. Lo preparasteis todo? (á Gutierre que se adelanta.)

GUT. Si, don Pedro; pero escuchad, señor, por vuestra vida; hacedle perecer ocultamente, sufra vuestro rigor su furia altiva, mas no le deis al pueblo ese espectáculo, ó no responde la persona mia. Su amor es ya pasion; por don Fadrique vereis que el populacho se amotina, y escudado á la par por la nobleza que apoya su heroismo decidida, quizá vacile vuestro firme trono al choque de su indómita osadía. Salvaros es mi afan; yo os incitaba á vengaros, mas juro por mi vida, que ignoraba el furor que con su muerto cundió veloz entre la plebe altiva.

PED. Os estoy escuchando, y aun lo dudo. ¿Vos tal pabor? ¿Dó está la bizarria que en las lides mostrasteis valerosa? ¿Esa turba menguada os intimida? Mis órdenes cumplid; id, yo os lo ordeno. Quisieron incitar la rabia mia, que la sufran, por Dios!

GUT. Mas meditado...

PED. Meditado está ya.

GUT. Ved que si espira...

PED. Espirará, lo juro.

GUT. Retardadlo al menos.

PED. No por Dios. Ni un solo dia!!

Si se atreven á alzarse, mis soldados sabrán burlar su necia tentativa, y si fueran vencidos, si remedio no encontrára de hollar á la perfidia, antes de sucumbir, horrendo estrago mi potente furor derramaria, y á las llamas sus casas entregando hasta tornar escombros á Sevilla, á ejemplo de Neron, entre el incendio cantára mi placer y mi alegría!!

## ACTO CUARTO.

Salon en el palacio real: puerta al foro, otra á la izquierda en primer término, y otra secreta en segundo término: balcon á la derecha.

### ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE, ALONSO.

ALON. Os esperaba. La visteis?

ENR. Si, y la hablé, gracias á Dios, que con lo que he descubierto dichoso por cierto soy. Mas decidme, hay algo?

ALON. Nada de extraño. La guarnicion se ha doblado; por las calles corre un enjambre feroz de patrullas, por don Pedro puestas sin duda.

ENR. El temor que empieza á abrigar su pecho,

ALON. Pero la fermentacion está muy bien preparada, y nada impedirá hoy que estalle.

ENR. Cuidad, Alonso, con tino y con precaucion, que esperen á la señal.

ALON. No tengais miedo, señor.

Al mirar á don Fadrique ir al cadalso, veloz cruzará por la ciudad el grito de salvacion, y librarán su existencia llevados de noble ardor.

ENR. Bien; don Pedro está á mi cargo, y haré, con solo mi voz, cenizas su poderio. Dugueselain ya triunfador en Castilla, ha penetrado, y él esta sublevacion ampara...

ALON. Nuestro es el triunfo. Ya el monarca sucumbió.

ENR. No perdais tiempo, marchad.

Al dar las cuatro el reloj,  
se ejecuta la sentencia.

ALON. Las diez apenas no son;  
sobra el tiempo. Descuidad,  
don Enrique; á Dios.

ENR. A Dios.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, DON FADRIQUE.

ENR. Fadrique.

FAD. Eres tú?

ENR. Si, hermano,  
que vengo ansioso á ampararte,  
á sostenerte, á ayudarte,  
contra el odioso tirano.

FAD. Gracias te doy por tu amor;  
vienes á verme morir?

ENR. Y tal puedes presumir?  
Vengo á prestarte favor.  
Vengo osado á libertarte  
de los hierros que te oprimen,  
y al par con otros que gimen  
de horrible muerte á arrancarte.

FAD. Y nada conseguirás  
sino morir, por mi bien;  
no, abandóname tambien,  
salvarme no alcanzarás.  
Abandónale al verdugo  
esta victima anhelada,  
á otros mil podrá tu espada  
librar del nefando yugo.  
No me amedrenta el no ser;  
nunca por Dios lo temí,  
es la muerte para mi  
acabar de padecer.

ENR. Mi inocente sacrificio  
tus planes ayudará,  
y así mi afán prestará  
á mi patria un beneficio.  
Sepan lo que han de esperar  
de monarca tan tirano,  
al ver el fin inhumano  
á que me osó condenar.  
Esa será mi esperanza  
al dar mi postrer aliento,  
y pereceré contento  
esperando mi venganza.

ENR. Ya esperé que tu valor  
la muerte despreciaría,  
mas anhela el alma mia  
hoy alzarte vencedor.  
España su idolo amado  
en ti mira cariñosa,  
y ambiciona valerosa  
librarte de un yugo odiado.

FAD. Y qué existe para mi  
ya en este mundo engañoso?  
Todo en él me es enojoso,  
termine mi vida, si.

ENR. Con que huyó de tu memoria  
de Blanca el cándido amor.  
á quien legas el dolor  
de esta vida transitoria?

FAD. Ah! que has hecho, desdichado.  
¿Quieres me miren marchar  
á dónde debo espirar,  
con el rostro acogojado?

Quieres digan, que el valor  
jamás se abrigó en mi pecho,  
y rian de mi despecho  
y me acusen con furor?  
Por qué me la has recordado  
cuando olvidarla queria?  
Cuanto affige el alma mia  
ese recuerdo adorado!  
Prenda de mi corazon,  
no me amedrenta la muerte,  
pero me causa el perderte  
honda desesperacion.

Tu auxilio, Enrique, reclamo,  
dájame á mi perecer,  
mas dignate socorrer  
al ángel que tanto amo;  
y si de ese rey fatal  
no libertas su inocencia,  
te ruego que su existencia  
corte tu mismo puñal.

ENR. No, Fadrique, antes que herir  
y sus venas desgarrar,  
tengo un medio que endulzar  
pueda su triste existir.

Yo cuando oi relatar  
en el palacio su historia,  
otra trage á mi memoria  
cual la suya, singular.  
Y por si la analogia  
era justa y no infundada,  
hice que tu misma amada  
venciese la duda mia,  
y un pliego que me entregó  
que esplica su nacimiento,  
llenándome de contento  
á ella mi existencia unió;  
y primero que dejar  
que la inmolasse el tirano,  
yo te juro que inhumano  
hiciera su aliento ahogar.  
Pero no, no será así;  
con lo que saber logré,  
está salva, y por mi fé  
tambien te salvaré á ti;  
que si lo que está trazado  
no se puede realizar,  
aun te podrás escapar...

FAD. Escapar? Qué has pronunciado?

Yo huir, la muerte evitar  
con una inieua bajeza?  
No me ofrezcas tal vileza,  
que no la puedo aceptar.  
Tarde ó temprano á su ardor.  
preso otra vez me veria,  
y entonces no moriria  
cual hoy será, con mi honor.

ENR. Tienes razon, pero jura  
mis intentos no estorbar,  
y pronto haré terminar,  
dulce hermano, tu amargura.

ESCENA III.

Los mismos, DON ALONSO.

ALON. Todo, señor, se ha perdido.

ENR. Que escucho!

ALON. Sabiendo el rey  
que intenta postrar su ley  
todo su reino aguerrido

por libertar á Fadrique,  
el suplicio ha adelantado.

ENR. Todo mi plan se ha frustrado.

FAD. Déjame morir, Enrique.

ENR. Dejarte morir, oh no!  
aviseamos sin demora...

ALON. Solo nos queda una hora.

ENR. Sabré aprovecharla yo. (*vanse los dos.*)

#### ESCENA IV.

FABRIQUE.

Destino injusto, terrible,  
no me cesas de acosar,  
y en vano intento luchar  
con tu fuerza irresistible.  
Dios de la suprema altura  
á quien rinden oblation,  
rey de la eterna region,  
émula de la luz pura.  
Tú miras mi desventura,  
y pues que tan triste suerte  
solo pude merecerte,  
aplaca ya tu rigor,  
y trátame con amor  
cuando me espera la muerte.  
Blanca, joven candorosa,  
yo te adoro con delirio,  
aunque sé que es mi martirio  
esta pasion ardorosa.  
Tu faz tan pura y donosa  
hace que imposible verte  
sea, y dejar de quererte;  
yo te vi, y mi corazon  
no resistió á una pasion  
que durará hasta mi muerte  
Qué digo? Mas durará:  
nunca se podrá extinguir,  
aunque acabe mi existir,  
que el alma te adorará.  
Desde el cielo te verá  
siempre ansiando socorrerte  
si te aflige infausta suerte,  
y le pedirá al Señor  
que te aceja con amor  
cuando te mande la muerte.  
Sé que será tu desvelo  
si muero, morir tambien,  
por lograr el alto bien  
de encontrarnos en el cielo.  
Tambien es ese mi anhelo,  
porque si consigo verte  
do solo podrán quererte,  
donde reina la inocencia,  
disfrutaré una existencia  
que se burla de la muerte.  
Cuan bello el cielo será  
para dos puros amantes,  
y cuán dichosos instantes  
de ventura nos dará  
El Dios santo me verá  
gozoso en tal dulce suerte,  
á mi lado siempre verte  
y tu aliento respirar...  
para poderlo alcanzar  
bello camino es la muerte!

#### ESCENA V.

FABRIQUE, DON ALONSO.

ALON. Pobre jóven! Vá á morir  
en la flor de su existencia,  
sin que se pueda impedir...

FAD. Quien? Ah, vos; para sufrir  
venis hora á mi presencia?

ALON. Para prestaros valor  
he venido únicamente,  
para deciros, señor,  
que de la morisca gente  
os mostreis el vencedor.  
Que vean sabeis marchar  
al cadalso, valeroso  
vuestra vida á terminar,  
y de pavor deshonroso  
nunca os puedan acusar.  
Y que en fin, si contra ley  
hoy os mandan sucumbir,  
á esa miserable grey  
mostrar sepais, y á su rey,  
que despreciáis el morir,  
ascendiendo al vil tablado  
trono del fiero verdugo  
con semblante denodado,  
valeroso bajo el yugo  
y ante la muerte esforzado.

FAD. Ah, sí! me verán, lo fio,  
sufrir con resignacion  
el rigor del sino mio  
y aun oirán mi maldicion,  
contra ese monarca impio.  
Mas dejadme aqui llorar,  
aqui que nadie me vé,  
podré en vuestro seno dar  
libre espacio á mi pesar  
que tanto disimulé.  
Dejadme que de mi estrella  
me queje con frenesi,  
que blasfeme airado de ella,  
dejar tan pronto, ay de mí!  
una existencia tan bella.  
Las caricias de una amada  
dejar y un hermoso eden,  
antes que en su casta sien  
el velo de desposada  
coloque el genio del bien,  
y no poder demostrar  
la pena que el alma oprime,  
y los suspiros ahogar,  
cuando el leal corazon gime  
á impulsos de su pesar;  
es un martirio cruento,  
mas con esfuerzo aparente,  
yo mostraré en tal momento  
lo cruel de mi sentimiento,  
sin dejar de ser valiente! (*pausa.*)

#### ESCENA VI.

*Los mismos, el Verdugo, cuatro maceros del rey  
con sus mazas, y seis jueces que van saliendo des-  
pacio al son lúgubre de una campana lejána.*

FAD. Escuchais, don Alonso, esa campana  
que lanza hácia el espacio su clamor,  
pues es la voz de mi agonía insana  
que revela que la hora se acercó. (*se arrodia.*)  
Oh Dios clemente, cuya ciencia sábia *lla.*)



el mundo rige con piedad y amor,  
Dios bondadoso en quien jamás hallaron  
la soberbia ó el crimen compasion;  
Ser supremo y angélico que humilde  
apuraste la copa del dolor,  
en tu faz ostentando con orgullo  
la marca de una leal resignacion;  
juez bondadoso á quien está sugeto  
cuanto tiene en el mundo su mansion,  
y que juzgas al malo imparcialmente  
otorgándole al justo tu favor;  
mira á esto triste, á perecer dispuesto,  
sin un crimen que doble su aliccion,  
y desde el trono donde eterno moras  
dirige una mirada á su interior;  
vé su amargura y su penar horrible,  
mitigue su dolor tu compasion,  
y premia la esperanza que le anima  
al ir á perecer. solo en su Dios! *(se levanta.)*  
Dejad que en vos me apoye; Conducidme,  
no tengo fuerzas.

ALON. Descansad en mi.  
FAD. Marchemos al instante.  
VED. Bien, seguidme.  
FAD. Llegó la hora fatal. Triste de mí!

## ESCENA VII.

Los mismos, BLANCA.

BLAN. Dónde vas?  
FAD. Cielo santo! Blanca mia!  
BLAN. Te llevan á morir, oh! que traicion!  
FAD. Suplicale que abrevie mi agonía!  
BLAN. Pues que nos den la muerte aquí á los dos.  
FAD. Ah! sacadme de aquí!  
BLAN. No, no te deajo!  
FAD. Mas aumentas con eso mi dolor!  
ALON. Reflexionad.  
BLAN. No, no!  
ALON. Ved...  
ALON. Vamos pronto.  
VERD. *(interponiéndose.)*  
BLAN. Ah, qué horror! *(cayendo desmayada.)*  
FAD. *(se lo llevan.)* Para siempre á Dios, á Dios!!

## ESCENA VIII.

DOÑA BLANCA, DON PEDRO, GUTIERRE.

GUT. Ya marchó.  
PED. Está muy bien.  
GUT. Cruzar el patio  
del alcázar vereislo muy en breve  
desde aqueste balcon.  
PED. Id sin tardanza,  
y en cuanto salga, las entradas todas  
del palacio cerrad; dadme las llaves,  
y corred la ciudad con mis soldados  
por si es que intentan subvertirse osados.  
A la menor señal de un alboroto...  
GUT. Está muy bien, señor. *(vase.)*  
PED. Pueblo altanero,  
humillate á mis pies, al ver que el ídolo  
que osasteis elevar, hago pedazos  
para ejemplo de viles y traidores,  
burlándome á la par de tus furoros.  
Una muger aquí. Blanca, que miro,  
postrada; sin razon la dejé verle  
porque sufriera mas.  
BLAN. *(volviendo en sí.)* Dónde me encuentro?  
PED. En mis brazos, hermosa.

BLAN. Y mi Fadrique?  
No viene ya esta noche á visitarme?  
Las nueve son, es cierto, pero ansiosa  
quisiera ya á abrazarle. Nuña, pronto,  
ponte en acecho, si?

PED. Delira, cielos!  
BLAN. Ha sonado la seña; bien decia  
mi pecho que faltarme no debía.  
Abrele luego, al punto. Va se acerca,  
sus pisadas resuenan, ya le miro...  
Ah! quien entró no es él! Es el tirano  
opresor de Castilla; mi amor pides  
y no lo puedo dar, tiene otro dueño!  
Mi amante luchará por libertarme.  
Mirale, aquí está ya. Con alma osada  
viene á lidiar por mí; por su adorada.  
Le aprisionas, traidor! Déjame, vete,  
no te quiero seguir, suelta mi mano:  
me obligas á elegir? Mi honor primero,  
porque á todo, verdugo, lo prefiero.  
Su muerte! ah! Por piedad! Miro el cadalso,  
él se aproxima á él; sube sus gradas,  
inclina su cabeza, la cuchilla  
ha cortado su cuello, cuanta sangre  
de aquella herida brota!.. Infausta suerte;  
con él quiero morir! Si, si, la muerte!  
*(cae de rodillas.)*

PED. Si devolverla la razon pudiera ..  
Venid, Blanca, venid; mirad, no es sueño  
lo que diciendo estais; ved á Fadrique  
que llevan al cadalso.  
*(se oye dentro un atambor destemplado.)*

BLAN. Horrible idea  
es la que me persigue.  
UESY. Ved, ya el patio  
cruza al doblar del atambor horrible.  
No lo veis? No lo veis?

BLAN. Es imposible!  
Me queréis engañar: morir mi amante?  
Yo no le dejaré, no; de mi lado  
jamás se ha de apartar, deja te abraza;  
salvarte del cadalso á mi me toca;  
contempla su furor porque no pueden  
arrastrarte á morir, já, já!  
*(vuelve á caer abismada sobre un sillón.)*

PED. Está loca!  
VOCES. *(dentro.)* Que viva don Fadrique.  
PED. Qué he escuchado!  
VOCES. Muera don Pedro, muera.  
PED. El pueblo imbécil  
se aproxima al alcázar á librarle,  
pero aun existo yo para aterrarle.  
Veremos si resiste.

## ESCENA IX.

DON PEDRO, DON ENRIQUE con la espada en la mano  
y que le atuja el paso.

ENR. Atrás, don Pedro!  
PED. El bastardo, traicion!  
ENR. Vas á la muerte  
si sales, tén el paso!  
PED. Tú, cobarde,  
tú vas á perecer.  
ENR. *(h! no es posible!*  
Contempla todo el pueblo amotinado!  
Ya se salvó Fadrique!  
PED. Del suplicio,  
pero no de morir. Oh! Ya esperaba

este alzamiento, si; no me sorprende, y por eso ordené que donde quiera que se hallára Fadrique, al revelarse el insensato pueblo, para mostrarles quien es el mas fuerte, mis maceros allí le dieran muerte!

ENR. Maldicion sobre ti!

ESCENA X.

*Los mismos, GUTIERRE.*

GUT. Señor, al punto evitad los furores que os amagan.

PED. Y Fadrique?

GUT. Murió. Ved en el patio su cuerpo ensangrentado. Al ver la alarma que causó su presencia, de un soldado dividió su cabeza la atroz maza.

PED. Y al vez su sangre, de terror pasmados tiemblan el combatir?

GUT. Torpe esperanza! Pasada la sorpresa de su muerte, brotan do quiera combatientes y armas, y el que de vuestra guardia no perece es porque infame el combatir rechaza y se pasa á su bando. Los franceses abanzan vencedores por España, y en Castilla no existe un solo acero que no aclame al bastardo con audacia; todo se vé perdido. Marchad pronto, sino, vais á morir.

ENR. Justicia santa!! Aléjate, malvado.

PED. No ambicionas vengarte, Enrique, en mi?

ENR. Lo consumára sino temiera con tu sangre impura manchar mis manos. Mas mejor venganza en ti puedo lograr; tú me has privado de mi hermano infeliz, que la esperanza era de todo un reino; pues escucha. Un amor se alimenta en tus entrañas, extraño para ti... de una hija tierna las caricias gozar, necio, anhelabas, y fuera para ti en aqueste dia alto bien que tus penas endulzára. Yo te la puedo dar.

PED. Que escucho, cielos! Hazlo al punto, y me alejo de la España sin pena ni rencor.

ENR. Tómala, infame; en tu presencia está.

PED. Quién? Mi hija, Blanca!

ENR. Toma las pruebas, toma. De mi madre son esos pergaminos, y declaran que la guardó de niña en el convento, de donde la sacaste con infamia, que la dieron el nombre de su madre, tu nombre revelándole y la infamia que con ella empleaste; hombre execrable, mira el poder de Dios!

PED. Bien me lo daba mi triste corazon. Blanca, hija mia!

BLAN. Dejadme reposar. Sois vos quién llama? Qué me queréis?

PED. Decir que soy v. padre, que te pido perdon.

BLAN. Noticia estraña! Vos mi padre? Ja! ja! no, su asesino,

como el mio tambien! Sois quien nos mata!

PED. Maldicion sobre mi!

VOCES. Muera don Pedro. Que viva don Enrique.

PED. No me espanta vuestras voces, venid!

ENR. Huye, malvado! Vive para sufrir.

GUT. Huid sin tardanza!

PED. Me otorgas la existencia. Bien, me alejo; no has vencido del todo. Ay de la España! *(vase por la puerta secreta, y derecha Gutierre.)*

ESCENA ULTIMA.

DON ENRIQUE, BLANCA, DON ALONSO, *nobles y pueblo.*

ALON. En donde el rey está?

ENR. Del reino ha huido, y mas no sufrireis su fiera rabia.

ALON. Vuestro es el trono entonces.

ENR. Yo lo acepto para partirlo con mi dulce hermana.

Ved aqui vuestra reina, castellanos!

ALON. Que vivan don Enrique y doña Blanca.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Aprobada en sesion del 21 de mayo de 1850.—*Baltasar Anduaga y Espinosa.*—Es copia del original censurado.

Madrid, 1850.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,  
calle del Duque de Alba, núm. 13.



